

Las fisuras de la nación: tensiones y lecturas político-religiosas sobre la conquista de América en el siglo XVIII

The fissures of the nation: tensions and political-religious readings on the conquest of America in the 18th century

Nuria SORIANO MUÑOZ
Universitat de València

RESUMEN

La conquista de América generó una notable cantidad de discursos épicos, de carácter político y literario, que contribuyeron al reforzamiento de los tópicos imperiales, religiosos y patrióticos. Preocupadas por la mala imagen del país en el extranjero, las élites políticas e intelectuales al servicio de Carlos III y Carlos IV promocionaron la defensa de los conquistadores, pese a la difusión de una corriente crítica con el heroísmo militar, tangible en la opinión pública europea. En el marco del reformismo borbónico, se reconstruyen los grupos e individuos que, desde lugares y posturas muy diferentes, posibilitaron el éxito de este discurso preponderante, que subrayaba la estrecha colaboración entre la Corona y el clero en el proceso. Además de enfatizar la escasa transparencia con la que fue rememorada la conquista, especialmente en manos de los clérigos, párrocos y misioneros, el artículo aborda cómo la consolidación de este discurso patriótico colisionó con otras lecturas alternativas que lo pusieron en duda. Estas últimas, impulsadas por las nociones de crítica, civilización y sensibilidad ilustrada –desde una actitud doliente, colmada de lamentos y frustraciones–, permiten cuestionar la estabilidad de los discursos sobre América, tanto dentro como fuera del imperio.

PALABRAS CLAVE

Conquista; Religión; Nación; Ilustración; Representación

ABSTRACT

The conquest of the Americas generated a remarkable number of epic discourses of a political and literary nature; these contributed to the reinforcement of imperial, religious and patriotic commonplaces. Concerned about the country's having a negative image abroad, the political and intellectual elites at the service of Charles III and Charles IV fomented a defence of the *conquistadores*, despite the diffusion of a tangible current within European public opinion that was critical of military heroism. Within the framework of Bourbon reformism, I reconstruct groups and individuals who, from very different places and positions, enabled the success of this preponderant discourse, which underlined the close collaboration between the crown and the clergy. In addition to emphasizing the lack of transparency with which the conquest was commemorated, especially in the hands of clergymen, priests and missionaries, I analyse how the consolidation of this patriotic discourse collided with other, alternative interpretations that cast doubt on it. These latter interpretations, driven by the notions of critique, civilization and Enlightenment sensitivity –from a mournful attitude, full of regrets and frustration– allow us to question the stability of discourses about the Americas from both inside and outside the empire.

KEYWORDS

Conquest; Religion; Nation; Enlightenment; Representation.



Artículo recibido el 24-2-2020 y admitido a publicación el 26-4-2020.



La producción de discursos épicos y mistificadores constituye una herramienta fundamental con la que la monarquía legitima sus acciones de conquista, apuntala su poder y genera una fuerte oposición entre colonizador y colonizado¹. Su difusión, duradera en el tiempo, no impide que toda una serie de discursos subversivos –sátiras sociales y contundentes críticas al gobierno y la Iglesia– lleguen a las imprentas y corran de mano en mano de forma manuscrita, sin que puedan ser frenados por la censura. Un conocido escrito clandestino, de fuerte impronta política, trasciende las primeras décadas del siglo XIX. Se publica primero en Cádiz (1814), después en Sevilla (1838) y León (1843). *Testamento de España* se imprime en realidad y por primera vez a finales del siglo XVIII, con un pie de imprenta falso, tanto en lo que se refiere al lugar –en Argel, lo que guarda cierta relación por cierto con los desastres militares de finales de siglo– como al año, también inventado, de 87946, indicándose en la portada con tono burlesco que se había impreso “en la imprenta libre, con las licencias del Santo Oficio y demás necesarias”².

Desde un marcado tono satírico, evidencia cierto sentimiento de lamento y una honda preocupación por el estado decadente de España. Con algunas variaciones, estas versiones impresas tenían su origen en un manuscrito que había sido escrito en los últimos años del reinado de Fernando VI (1746-1759), del cual existían numerosas copias³. Aunque resulta imposible delimitar con seguridad su autoría, se ha especulado con que el ministro de Felipe V, Melchor Rafael de Macanaz (1670-1760), pudiera ser su autor. En cualquier caso, sabemos que fue escrito por un lector culto e informado, en la línea de la corriente intelectual de los arbitristas⁴. Desde cierto tono de amargura, el autor critica el desgobierno y los males que atañen al país, como la pobreza de los vasallos y la despoblación de los reinos de la Península, evocando una visión del pasado doliente en clave nacional, en la que una España guerrera y victoriosa se había convertido en un ruinoso desierto, la alegoría de un cadáver más que la de una nación enferma. Es el argumento clásico de la decadencia, que tanto obsesionó a los ilustrados desde su talante utilitarista, reformista y pragmático, y después, a los liberales⁵.

12

1. Con diferencias de enfoque y posición, el europeo es agente de la historia y el colonizado “receptor pasivo de su acción” (Enrique FLORESCANO, “Las visiones imperiales de la época colonial (1500-1811). La historia como conquista, como misión providencial y como inventario de la patria criolla”, *Historia Mexicana*, vol. 27, 2 (1977), pp. 195-224). El imperio como espacio de intercambio cultural, en Bartolomé YUN, “El imperio español, globalización y consumo transcultural en un contexto mundial, c. 1400-1750” en *Historia global, historia transnacional e historia de los imperios*, Zaragoza, Institución Fernando El Católico, 2019, pp. 115-160 y Bartolomé YUN, *Los imperios ibéricos y la globalización de Europa*, ss. XV-XVI, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019.

2. Francisco MENDOZA DÍAZ MAROTO, *Edición facsímil de un impreso y un manuscrito del siglo XVIII*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses Don Juan Manuel, Diputación de Albacete, 2001, p. 39.

3. Podría pensarse que los manuscritos alcanzan un bajo grado de difusión. Sin embargo, de este texto se han conservado más de 18 copias. Fernando BOUZA ÁLVAREZ ha subrayado los diferentes usos del manuscrito, que no se reduce al uso privado y bibliográfico, sino como “eficaz complemento o, incluso, un competidor de lo tipográfico, ofreciendo un ágil sistema de copias o traslados [sic] que en buena medida llegó a estar profesionalizado” (*Corre manuscrito: una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid, Marcial Pons, 2001).

4. MENDOZA, *Edición facsímil...*, p. 7.

5. Miguel Ángel LADERO QUESADA, “La decadencia española como argumento historiográfico” *Hispania Sacra*, nº 48 (1996), pp. 6-50 (<https://doi.org/10.3989/hs.1996.v48.i97.687>); José María JOVER ZAMORA, “Auge y decadencia de España. Trayectoria de una mitología histórica en el pensamiento español” en Marc BALDÓ, *Historia y Civilización*, Valencia, Universitat de València, 1997, pp. 63-92.

Desde una actitud anticlerical, el escritor del texto critica la inutilidad del sistema institucional, el caos legislativo, la ignorancia, la ambición y los abusos de los ministros y los clérigos, la falta de justicia y el propio “carácter nacional” de los españoles –debate que a partir de las obras de Montesquieu y Hume tendrá una fuerte repercusión en Europa– que califica de soberbio y vanidoso. No se olvida de la Inquisición ni de los jesuitas, además de repasar el mal estado de la ciencia y la Universidad en España. En sus páginas, la nación va desgranando sus últimas voluntades a lo largo de una serie de cláusulas.

Desde una posición crítica, el autor demuestra un marcado interés por América, aunque por aquel entonces la encendida polémica sobre el “Nuevo Mundo” todavía no se encontraba en su punto álgido⁶. El manuscrito pone en entredicho los derechos de España al dominio de América, pero va mucho más allá. Dibuja la imagen de unos infelices reinos que “lloran la esclavitud” y que ansían recuperar su libertad sin descartar el uso de la fuerza, porque “se armarán de su furor para volver a lo que es suyo”⁷. Además de la esclavitud de los indígenas, el autor subraya el escaso conocimiento y la poca cultura de las elites gobernantes de México y Perú. Una impresión que veremos repetidamente a finales del Setecientos recorre el texto: pese a que el honor de la posesión del territorio americano era de España, sus enemigos se aprovechaban del tesoro y la riqueza, que, desde los tiempos de Colón, tanto habían atraído a los europeos. El texto afirmaba:

Dejo a mis herederos unas preciosas posesiones (la América) que me adquirió un genovés, destronando emperadores y esclavizando su libertad a unos pueblos a que yo no tuve más derecho que el que ellos tenían a los míos. Pero consultado el asunto con la ambición y la fuerza, todo fue aprobado. Declaro pues ahora la usurpación y el vicio con que poseo aquellos dilatados dominios, para que sean atendidas sus razones y las justas quejas que contra mi promuevan en adelante. Es cierto que yo no poseo más que lo mejor de las costas con algunas islas [...]. Para su gobierno hay un tribunal en Madrid, que se llama el Consejo de Indias y una secretaría de Estado en mi palacio. No es de poca admiración a la Europa la sabiduría y sagacidad de un consejo de tan extendidos dominios, porque siendo los consejeros sujetos que apenas han salido de los cortos límites de España, y muchos de ellos, ni de los de sus casas y colegio, sin haber adquirido conocimiento de la América, por sus propios estudios ni por obligación a la lectura de su historia, dan sus sentencias con magisterio, y sus problemáticas decisiones, pero sépase que es por ciencia infusa que se les confiere con el empleo [...]. Que por lo que toca a las vejaciones que se hacen a los pobres indios, se continúen por la utilidad que de ellos les resulta, sin temor de que lleguen a oídos de la corte y aun cuando haya esta desgracia, sepan que no serán atendidas por el Consejo las razones de aquellos infelices, pues el mismo sudor que emplean para trabajar en las minas y en servir al despotismo de sus amos será siempre su mayor enemigo.

El autor reúne con habilidad una parte fundamental de las críticas que contra la conquista de América se esgrimieron en la Ilustración: las que se refieren a la legitimidad de su dominio por parte de España, la penosa situación de los indios, ignorados y desatendidos por la monarquía, el despotismo en las colonias y la escasa formación intelectual de las élites que les gobiernan. Estas críticas –con algunos

6. Antonello GERBI, *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica: 1750-1900*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982. Véase también Silvia SEBASTIANI, “Las escrituras de la Historia del Nuevo Mundo: Clavígero y Robertson en el contexto de la Ilustración Europea” *Historia y Grafía*, nº 37 (2011), pp. 203-236.

7. *Testamento de España, en el nombre de la eternidad y la memoria, hoy 7 de agosto de mis glorias en el año 240 de mi última decadencia, con un epitafio final: Aquí yace, reducida a la miseria/la opulenta España*, f. 111 v. b, BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA (en adelante BNE), Mss./18194.



añadidos, como la barbarie, la codicia y el fanatismo de los conquistadores, tan popularizados por los escritores Jean François Marmontel y Cornelius de Pauw, con el despliegue de sus críticas a los valores marciales que representa el héroe militar–constituye el corazón del discurso crítico de la conquista, la narrativa del fracaso y la destrucción de los europeos, tan de moda en las arenas del debate americano del Setecientos⁸.

No me interesa tanto, en esta ocasión, insistir en que las élites políticas e intelectuales españolas estuviesen preocupadas por discernir las causas del atraso, la corrupción y la degeneración de la nación⁹ –vinculadas con los debates sobre el progreso ilustrado– lamentándose de que América se hubiera quedado simplemente en una oportunidad perdida y, más que un triunfo, viniera a representar la utopía de un espacio exótico, fantástico y lejano. Más bien pretendo apuntar hacia otra dirección y subrayar la escasa transparencia con la que fue leída e interpretada la conquista¹⁰, las distintas claves con las que fue rememorado el acontecimiento doscientos años después –especialmente reelaborada su memoria cultural en manos de los clérigos, los párrocos y los misioneros– y más concretamente, en la fuerza y la permanencia de una imagen tenebrosa, fabricada desde la perspectiva del cambio histórico, colmada de sentimientos de lamento, amargura y frustración, que se conforma dentro y fuera del imperio. Una imagen que, como veremos, mantendrá una acusada tensión con los discursos y las traducciones en las que párrocos y misioneros producen una defensa de la conquista como acción justa y legítima, unos *cantos de grandeza* en los que la conciencia de la nación española queda muy bien imbricada con la reivindicación de la evangelización de América, principalmente gracias a la fama y las acciones del conquistador Hernán Cortés.

14

Este imaginario se enmarca en unos ejes muy específicos: la dialéctica entre la apología y la crítica –armas fundamentales entre los defensores de la Ilustración–, la difusión de un espíritu renovador típicamente dieciochesco, sostenido en los conceptos de civilización, costumbres y sensibilidad, el debate sobre la conciencia europea, su expansión y el indígena americano –con la voluminosa literatura que mitifica su inferioridad y su estado de felicidad sin lujos ni bienes– y las reformas políticas y económicas que caracterizan el pensamiento de la centuria y que, en definitiva, transformaron bajo los ministerios de Jovellanos, Floridablanca, Aranda y Campomanes, la imagen política de unos reinos de Indias ahora convertidos en *provincias ultramarinas*¹¹.

8. María Matilde BENZONI, *Americhe e modernità. Un itinerario fra storia e storiografia dal 1492 ad oggi*, Milano, Franco Angeli, 2012. La profundidad histórica de la imagen de América en Antonio RUBIAL GARCÍA, “Imágenes de América en la España de los Austrias”, en *El Mundo de Carlos V: de la España Medieval al siglo de Oro*, México, Colegio de San Idelfonso, 2001, pp. 359-373 y Beatriz PASTOR, *Discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana, Casa de las Américas, 1983.

9. Es uno de los debates clásicos del XVIII; véase Alejandro DIZ, “La visión de Europa y de América en la España Ilustrada”, en Antonio FEROS y Roger CHARTIER (eds). *Europa, América y el mundo: tiempos históricos*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 171-190.

10. Steve J. STERN, “Paradigms of conquest: history, historiography and politics”, *Journal of Latin American Studies*, 24 (1992), pp. 1-34 (<https://doi.org/10.1017/S0022216X00023750>).

11. Anthony PAGDEN, “Escuchar a Heráclides: el malestar en el imperio, 1619-1812”, en Richard KAGAN y Geoffrey PARKER, *España, Europa y el mundo atlántico: homenaje a John Elliot*, Madrid, Marcial Pons, 2001, p. 435.

La mirada crítica

Al ritmo de la controversia de Indias, el discurso intelectual y político del fracaso de la conquista y de la violencia de los conquistadores es más estruendoso que nunca. Desde la perspectiva española, es un discurso que se pinta, como afirmaba Jovellanos, “con colores tan negros y horribles que no pueden dejar de ofender”¹². Pese a la escasa unanimidad de pareceres sobre cómo pensar y escribir la historia de América, muchos justificarán –como hará el botánico Antonio José Cavanilles, aludiendo a la naturaleza del indígena, a la lejanía y la idiosincrasia del conquistador del Quinientos– los abusos de las primeras expediciones de conquistadores. En muchas ocasiones, este reconocimiento se acompaña de una defensa de la evangelización de los americanos en manos de la monarquía católica y de la fraternidad como valor esencial del cristianismo, aspectos resaltados por obras de teatro e impresos de todo tipo que recuerdan la conquista más bien como un juego complejo de luces y sombras. Los intelectuales coinciden en el interés sobre América, en el carácter revolucionario del descubrimiento, en la denuncia contra los abusos de los europeos, pero el tono y los matices entre ellos son muy variados¹³.

Los intelectuales relacionan el proceso de conquista con la destrucción del género humano, con las ansias de poder, la fama y el beneficio propio que busca el héroe militar. Para ello, no es necesario acudir al enciclopedismo francés de raigambre anticatólica, a las obras de Condorcet, Voltaire y Marmontel. El traductor Pedro Varela y Ulloa –oficial de la Secretaría de Marina hasta 1792– en el *Discurso Preliminar* que acompaña a las *Reflexiones Imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias*¹⁴, obra de marcado tinte apologético de la religión católica y la monarquía española, afirma que “aún los [héroes] más justos y moderados”, no nos presentan otro espectáculo que “ejércitos armados de instrumentos matadores, ciudades destruidas, campañas taladas, campos cubiertos de cadáveres, ríos teñidos de sangre humana”¹⁵. El despliegue de los valores propios de la Ilustración, como la moderación, los afectos y la educación, permitían representar de forma crítica a personajes considerados tan heroicos



12. Expresión que utiliza Jovellanos en la censura de la traducción de obra de Voltaire *Alzira*, ambientada en el Perú colonial y estrenada también en México, en la versión de Juan Pisón y Vargas (1788) (Josep Maria SALA VALLDAURA, “La conquista de América en la tragedia neoclásica española” en *Actas del XXIX Congreso del Instituto Internacional de literatura Iberoamericana, 15-19 de junio de 1992*, Barcelona, Universitat de Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1994, pp. 85-103).

13. Francisco CASTILLA URBANO, *Discursos legitimadores de la conquista y la colonización de América*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2014. Véase la perspectiva apologética de María Rosario Romero como traductora de una de las obras fundamentales de la Ilustración francesa en Mónica BOLUFER, “Traducción, cultura y política en el mundo hispánico del siglo XVIII: reescribir las ‘Lettres d'une péruvienne’ de Françoise de Graffigny”, *Studia Histórica, Historia Moderna*, 36 (2014), pp. 293-335 (<https://doi.org/10.14201/shhmo201436293325>).

14. Madrid, Joaquín Ibarra, 1782.

15. Esta percepción guarda una estrecha relación con el cambio que opera en el discurso sobre lo heroico y la guerra en el periodo que aquí estudiamos, en el que el héroe militar se vincula con las ideas de felicidad pública, clemencia y humanidad. Véase Juan NUIX, *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las indias, contra los pretendidos filósofos y políticos para ilustrar las historias de MM. Raynal y Robertson, escritas en italiano por el abate ___ y traducidas por Pedro de Varela y Ulloa*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1782, p. I. Sobre el héroe militar borbónico, se puede consultar Antonio CALVO MATURANA, “La oficialidad del ejército y la marina borbónicos, reformismo, fidelidad e identidad (1750-1808)”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 41, 2 (2016), pp. 467-495 (<https://doi.org/10.5209/CHMO.53819>).

como Pizarro, que incluso fue denostado en traducciones de orientación netamente patriótica –antídotos de la *Leyenda Negra*– como la que publicó Juan Corradi en 1803¹⁶.

Europa y América se distancian cada vez más en pasajes como los que la *Encyclopédie méthodique* ofrece al público español, en la versión de los traductores Juan de Arribas y Julián de Velasco, presidida por la categorización de los conceptos de barbarie y civilización como materias primas de la ideología del eurocentrismo¹⁷. La traducción española del texto –publicada precisamente en 1792– evidencia un escaso consenso sobre el significado de América, pero una perfecta unión entre los objetivos científicos, políticos y económicos de la monarquía absolutista. Los traductores piensan en América como *diferencia*, desconfían de los inverosímiles datos demográficos proporcionados por Bartolomé de Las Casas y reconocen que “los europeos, contra sus propios intereses, han destruido gran número de americanos”¹⁸.

De manera clandestina –y haciendo uso de un lenguaje mucho más duro– los pasquines y folletos denuncian el mal comportamiento de los españoles en América y difunden su mala imagen en los nuevos lugares de sociabilidad típicos del Dieciocho. Mientras la metrópoli estaba intentando cambiar las relaciones con los territorios de Ultramar¹⁹, el militar José de Cadalso (1741-1782) se había dedicado a exaltar la conquista y su principal artífice, Hernán Cortés en sus *Cartas Marruecas*, texto con el que contestaba a las críticas de Montesquieu en sus *Cartas Persas*²⁰. En su correspondencia privada con el traductor y poeta Tomás de Iriarte (1750-1791) –sin fecha concreta, pero seguramente hacia finales de 1774– se refiere a un impreso que circulaba por los concurridos cafés de la época y que había llegado a sus manos por “el arte mágico de una bruja que vive debajo de mi casa”²¹. Allí no había espacio para la idealización, sino que más bien retornaba el problema de la despoblación, vinculado a la crítica que ya habían pronunciado mucho antes, aunque en otro tono, Feijoo y Mayans:

16

16. Juan CORRADI, *Descubrimiento y conquista de la América o Compendio de la Historia General del Nuevo Mundo por el autor del Nuevo Robinson, traducido del francés, corregido y mejorado por D. Juan Corradi*, tomo I, Madrid, Imprenta Real, 1803.

17. Conviene matizar la amplitud y disparidad de posturas en este punto. El beneditino Martín Sarmiento subrayaba que era un error “tener por bárbaras a algunas naciones remotas” (la cita en Pedro ÁLVAREZ DE MIRANDA, *Palabras e ideas, el léxico de la Ilustración temprana en España*, Madrid, Real Academia Española, 1992, pp. 383-422).

18. “Ya con las labores, ya con el mal trato” (Juan ARRIBAS Y SORIA y Julián VELASCO, *Encyclopedia metódica. Geografía Moderna, traducida del francés al castellano*, Tomo I, Madrid, Imprenta de Sancha, 1792, p. 96).

19. Véase el capítulo dedicado a Porlier y a la historiografía americana en Víctor PERALTA RUIZ, *Patrones, clientes y amigos: el poder burocrático indiano en la España del siglo XVIII*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2006, pp. 215-252 y María Teresa NAVA, *Reformismo ilustrado y americanismo, la Real Academia de la Historia, 1735-1792*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, 1989; Gabriel PAQUETTE, “Enlightenment and regalism: new directions in Eighteenth Century Spanish History” *European History Quarterly*, vol. 35, 1 (2005), pp. 107-117 (<https://doi.org/10.1177/0265691405049208>).

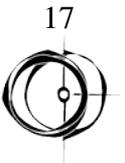
20. Las manifestaciones sobre la conquista no siempre se muestran ideológicamente coincidentes como resalta Francisco CASTILLA URBANO, “La conquista y colonización de América en Cadalso: entre el patriotismo y la Ilustración” *Revista de Estudios Políticos*, 167 (2015), pp. 33-57 (<https://doi.org/10.18042/cepc/rep.167.02>).

21. Nigel GLENDINNING, y Nicole HARRISON, *Escritos autobiográficos y epistolario*, London, Tamesis Books, 1979, p. 95.

en un globillo compuesto de sólido y líquido que anda dando vueltas [...] hay una pequeña parte llamada Europa, habitada de unos bichillos sumamente despreciables que se llaman hombres. Una porción de tal Europa, casi inculta y despoblada, se llama España. De tal España una provincia se llama Extremadura, síncope de extremadamente dura, nombre que le conviene perfectamente por su suelo, clima y carácter de sus habitantes, famosos por haber aniquilado muchos millones de semejantes suyos en otra parte de tal globillo llamada América²².

Las sombras de la conquista no se reducen a las malas prácticas de los conquistadores y los misioneros, ni a las denuncias reconocidas de la esclavitud que soportaban los indígenas. Las élites político-literarias aluden también a la escasa utilidad que habían extraído los españoles de América –incluyendo el gasto que el descubrimiento había causado a la Corona– y marcan una importante divergencia entre los procesos de colonización llevados a cabo por Inglaterra y España²³. Esta argumentación se perfila en variados impresos de finales del reinado de Carlos III, como sucede en *Noticia del Establecimiento y población de las colonias inglesas en la América Septentrional* (1778) escrito por un literato que se esconde bajo el pseudónimo de Francisco Álvarez²⁴. A su juicio, y a diferencia de la colonización española, la fundación de las colonias en América del Norte no había contado con la actuación de héroes tan valerosos, singulares y gloriosos como Hernán Cortés, Francisco Pizarro y Pedro de Valdivia. Poco parecían importar sus “gestas” ya que las conquistas de los enemigos de la monarquía habían sido más útiles que las españolas.²⁵ El traductor no estaba muy lejos de las opiniones del expedicionario italiano Alejandro Malaspina (1754-1809) que además de criticar las conquistas militares, había contrapuesto con claridad la fertilidad y el desarrollo del comercio del imperio inglés, francés y holandés frente a la inutilidad del español.²⁶ Las divergencias iban más allá de las cuestiones estrictamente derivadas de la colonización, la utilidad y la economía. La tensión entre nación y catolicismo se proyectaba también entre naciones que, como el Reino Unido, habían desarrollado el culto anglicano, mientras Holanda era calvinista y luterana, a diferencia del catolicismo de la monarquía española.

En el texto de Álvarez asomaba una noción de *pragmatismo* ilustrado que le llevaba a destacar cómo los ingleses, con su inclinación y constancia en el trabajo, suplieron la ausencia de las minas de oro y plata que fueron descubiertas en México y Perú, y que indudablemente habían marcado la dirección de las economías coloniales españolas. Los ingleses supieron asentar y desarrollar un sistema más productivo,



22. *Ibidem*, p. 95-97.

23. Véase el reformista José DEL CAMPILLO y COSÍO y su proposición para remediar las exiguas ganancias que España recibe de su imperio en *Nuevo sistema de gobierno económico para la América* ____, 1743, BNE, Mss./7109.

24. El pseudónimo pertenecería al jurista José de Olmeda y León, según la atribución de Francisco AGUILAR PIÑAL (*Bibliografía de Autores Españoles del siglo XVIII*, Tomo VI, N-Q, Madrid, CSIC, 1991, p. 149).

25. Francisco ÁLVAREZ, *Noticia del Establecimiento y población de las colonias inglesas en la América Septentrional*, Madrid, Antonio Fernández, 1778.

26. Álvaro MOLINA, “La misión de la historia en el Dieciocho español. Arte y cultura visual en la imagen de América”, *Revista de Indias*, LXV/235 (2005), p. 656.

centrado en el fomento de la industria y el comercio, profundamente valorados en el pensamiento de la modernidad ilustrada, más alejado de los valores marciales²⁷.

La correspondencia privada ofrece ejemplos de esta conciencia de escasa rentabilidad económica, acompañada de las críticas a una labor civilizatoria incompleta y decepcionante e, incluso, del problema de considerar a España un país atrasado o, como decía el diplomático aragonés José Nicolás de Azara, “aquellos escrúpulos que hace dos siglos nos han puesto en la clase borrical”²⁸. Precisamente el 3 de diciembre de 1800, el diplomático Bernardo de Iriarte (1735-1814) confiesa por carta al propio José Nicolás de Azara (1730-1804), que lleva adelantada la lectura de la obra *Historia del Paraguay*, escrita por su hermano, el explorador e ingeniero Félix de Azara (1742-1821). Desde una actitud crítica hacia los jesuitas y preocupado por la expansión portuguesa, el ingeniero aragonés dedica su atención al sistema de las reducciones y a la descripción de los detalles étnicos, lingüísticos y sociales de los guaraníes, producto de sus veinte años de estancia en el Río de la Plata. Iriarte recomienda la impresión del texto y admira su estilo narrativo, pese a que deban suprimirse o moderarse algunos pasajes que pudieran interpretarse de forma “siniestra” por los lectores²⁹. Aunque no detalla los fragmentos a los que se refiere –no quedarían lejos de las prevenciones contra lo que conocemos como *Leyenda Negra*– reconoce “nuestro abandono” en no haber “atraído y domesticado a los indios” y de “cuan poco merecemos” que “continúe en ser nuestro lo que tan inútilmente poseemos”³⁰. Pese a la opinión de Iriarte, Azara no albergaba dudas en manifestar que los hechos de los españoles en América eran “extraordinarios y portentosos” y calificaba a descubridores y conquistadores como “grandes hombres”. En algunas de sus cartas personales queda patente su interés en que los textos que salían de las imprentas fueran “útiles y honrosos a la gloria de la nación española” y se enorgullecía de no haber dado nunca “a mi nación ninguna máxima que la pueda hacer daño”³¹.

Mientras el pensamiento filosófico anticatólico y anticolonial cobra fuerza en Europa, todo lo que se refiere a la conquista del *Nuevo Mundo* era mirado con lupa por los censores que, con notables recelos, expresaban su parecer sobre los textos que eran denunciados ante la Inquisición. Las autoridades perseguían cualquier tipo de injuria contra el honor de la patria, alzándose como defensores del pasado del imperio, de su honor y su religiosidad, movidos por expresiones muy repetidas en sus discursos políticos, tales como el celo por la patria o el hecho de ser un amante de la nación y de la religión. No son pocos los censores que se refieren a la necesidad de “no hacer públicos papeles que parece se escriben para ridiculizar a la nación”³². Subrayan la

27. Josep M. FRADERA, “Declive, propaganda y competencia: visiones foráneas del imperio español” *Semata, Ciencias Sociales e Humanidades*, 23 (2011), p. 219. Para Bernardo Ward, el comercio constituía una especie de “nuevo ser” para todo el imperio español.

28. Carta de Nicolás de Azara a Bernardo de Iriarte, fechada el 29-11-1800 (en María Dolores GIMENO PUYOL, *Epistolario José Nicolás de Azara (1784-1804)*, Barcelona, Castalia, 2010, p. 910).

29. Carta de Bernardo de Iriarte a Nicolás de Azara, fechada el 3-12-1800 (en GIMENO, *Epistolario...*), p. 1.142.

30. *Ibidem*.

31. GIMENO PUYOL, *Epistolario...*, pp. 21 y 325.

32. Antonio Manuel de Cárdenas sobre la concesión de una licencia para imprimir “Elogio de las artes y artífices españoles” (1786) (en ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL –en adelante AHN–, Inquisición, Censuras, legajo n° 5.552, exp n° 32).

necesidad de defender a España y la religión católica si se la despreciaba y, así, combatir las críticas de los *massonistas*, dar la vuelta a la idea del arcaísmo que se asimilaba al imperio español, ligado con las teorías sobre el clima y la diferenciación cultural entre el norte y el sur de Europa³³.

Los religiosos que censuraron las *Reserches philosophiques sur les américains* de Cornelius de Pauw, originalmente publicadas en 1770 y prohibidas por la Inquisición poco después, son un buen ejemplo de la materialización de estas preocupaciones. Los censores no habían pasado por alto las burlas contra el papa y las cabezas más visibles de la Iglesia, las injurias a la “nación”, así como otras mofas que hacían su lectura “obscena e indignante”³⁴. Por el contrario, se esmeraban en destacar las ventajas que habían aportado los españoles al Nuevo Mundo, y, por supuesto, el papel de los párrocos y los misioneros en aquel proceso³⁵.

El capellán y periodista Miguel Cabral Noroña pudo vivir en primera persona el recelo de las autoridades o lo que el historiador Ricardo García Cárcel calificó como “la obsesión por América”. Noroña escribió un sermón que se pronunció en La Laguna con motivo de la conmemoración de la festividad de San Cristóbal. Había tachado en su discurso a los conquistadores españoles de “asesinos” de “más de treinta millones de indios”. Este sermón fue considerado por algunos testigos como “una sátira del gobierno español en la conquista de América”³⁶. El tono de aquel sermón, desde luego, causó escándalo entre algunas de las personas –no pocas autoridades civiles, religiosas y militares– que asistieron a la Iglesia de Nuestra Señora de la Concepción de la Laguna de Tenerife. Miguel Cabral de Noroña se atrevió a hacer públicas sus críticas a los conquistadores por su desmedido deseo de riquezas, afirmando sin tapujos que sus nombres estaban asociados a la injusticia, la opresión y la tiranía. Con el amparo de los monarcas de la época, también ambiciosos y crueles, habían sembrado de cadáveres las islas de La Española, Cuba y la propia Tenerife. La feligresía de La Laguna pudo escuchar que sus antepasados habían acabado con la vida de treinta millones de indígenas. No resulta difícil imaginar a Noroña leyendo con entusiasmo o, al menos, rememorando la *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*, mientras preparaba su discurso. Uno de los comparecientes a la plática –el franciscano Pedro Febles– pensó, incluso, que “el sermón y su autor debían ser quemados, aunque nada dijo al Santo Oficio por falta de seguridad en su criterio”³⁷.

El texto definitivo de su intervención fue prohibido el 23 de julio de 1806. También los fueron las notas y copias de su contenido que circulaban manuscritas.

33. Matthieu P. RAILLARD, “The Masson de Morvilliers Reconsidered: nation, hybridism and Spain’s Eighteenth-Century Cultural Identity”, *Dieciocho* 32/ 1, (2009), pp. 31-48.

34. AHN, Inquisición, Censuras, leg. 4.465, exp. 4.

35. AHN, Estado, leg. n.º 3.236, exp. n.º 8.

36. AHN, Inquisición, Censuras, leg. n.º 4.505, exp. n.º 5, f. 54 r.

37. Febles testificó el 3 de diciembre de 1805 y ratificó el día 6 (AHN, Inquisición, Censuras, leg. n.º 4.505, exp. n.º 7, ff. 30 r-32 v). Véase Gonzalo ZARAGOZA y Ricardo GARCÍA CÁRCEL, “La polémica sobre la conquista española de América: Algunos testimonios en el siglo XVIII”, en *Homenaje a Noël Salomón. Ilustración española e independencia americana*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 1986, pp. 373-379. Manuel HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, “Entre Europa y América. El periodismo de Cabral de Noroña: del ‘Duende Político’ gaditano al ‘Observador Español’ en Londres”, *Cuadernos de Ilustración y romanticismo*, n.º 16, (2010), pp. 2-24, y Luis Alberto ANAYA HERNÁNDEZ, “Proceso contra el clérigo don Miguel Cabral de Noroña por un sermón crítico a la colonización canario-americana”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 28, (1982), pp. 521-548.



Fueron reunidas con esmero y, después, definitivamente destruidas. El fiscal de la causa fue Enrique Hernández Rosado, racionero del cabildo. Rosado insistió una y otra vez en que las palabras de Noroña en el púlpito habían carecido del debido decoro. El predicador debería haber subrayado los valores épicos, civilizatorios y la “benévola” revolución que había liberado a los habitantes del “Nuevo Mundo” del pecado y la barbarie, así como en la heroicidad de los conquistadores que acudieron a Indias, porque Cortés y Pizarro habían contribuido a la elevación del nivel material y moral de la humanidad³⁸. Imagen muy bien vinculada, por cierto, con ese nuevo Hernán Cortés, ideal de la España militar y religiosa, vasallo cristiano, modélico y moderno, piadoso, sensible y racional, columna vertebral del imperio, pero también promotor de la cultura y la economía, tan publicitado por las instituciones culturales de la época.

Precisamente, uno de los problemas del sermón, según el canónigo y calificador Antonio María de Lugo, era que –en pocas palabras– “menoscaba la buena memoria de los señores Reyes Católicos, Dn. Fernando y D^a Ysabel, al mismo tiempo que otras expresiones pueden mirarse como ofensivas de uno de los héroes más célebres de nuestra nación, qual es Hernán Cortés [...]. Debiera haber dejado en paz sus cenizas, como también las de Pizarro”³⁹. El sermón censurado constituye una prueba palpable de hasta qué punto la heroicidad y la épica de la conquista era una lectura compartida pero también discutida en la opinión pública. En una línea bien distinta, su discurso político evidencia que la deslegitimación de la empresa indiana era ya una realidad molesta y subversiva dentro y fuera de las fronteras de la monarquía. Puede afirmarse que criticar la política americana de la Corona suponía atacar su labor evangelizadora. La identificación entre el legado y el prestigio de la monarquía española con la expansión del catolicismo era absoluta entre los censores del sermón.

Afianzar y apuntalar los ejes que sustentaban los discursos coloniales del imperio era un objetivo prioritario del proyecto político y cultural del Gobierno, una línea fundamental que mantenía en pie un programa absolutista que ya comenzaba a desquebrajarse. Tengamos en cuenta la suerte editorial que corrió la obra de Bartolomé de Las Casas, uno de los testimonios más conflictivos, cuestionados y denostados de la conquista desde la perspectiva española, una potente arma subversiva contra la lectura épica de la conquista⁴⁰. Pese a que la *Brevísima* se incluyó en el Índice de 1790, la obra se vendía en las librerías de la capital al filo del siglo XIX y su contenido era, sin duda, bien conocido por las elites españolas⁴¹.

38. AHN, Inquisición, Censuras, leg. n° 4505, exp. n° 7, ff. 54 r°-v°. Pese a ello, las opiniones sobre el sermón de Noroña no fueron unánimes. Algunos testigos aplaudieron el celo cristiano del párroco y se expresaron con mayor moderación.

39. *Ibidem*, f. 43 v°.

40. Muchos autores atribuyen intenciones al dominico de las que sin duda careció. Sobre la corriente de opinión negativa contra Bartolomé de Las Casas, Nuria SORIANO MUÑOZ, *Bartolomé de Las Casas, un español contra España*, València, Institució Alfons el Magnànim, 2015.

41. Algunos jesuitas, como el misionero Antonio JULIÁN, confesaban su estupefacción cuando relataba cómo, ya en Italia y visitando una biblioteca particular, un abate le mostró la obra de Las Casas “como el retrato más fino de toda nuestra nación” (*La perla de nuestra América, provincia de Santa Marta, reconocida, observada y expuesta en discursos históricos*, Madrid, Imprenta de Sancha, 1787, p. 120). Sobre la polémica, Jorge CAÑIZARES ESGUERRA, *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo: historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007. *Catálogo de los libros que se hallaban en la librería de Sancha, calle del Lobo*, Madrid, [Imp. de Sancha], 1806, p. 71.

La resonancia de lo americano en el siglo XVIII

No pueden dejarse a un margen las coordenadas en las que se produce este discurso crítico, los condicionantes que permiten que se conserve y funcione en un lugar concreto de enunciación. Los debates entre partidarios y detractores de la conquista no son propios del siglo XVIII⁴². Tampoco que la historiografía se convirtiera en uno de los instrumentos más útiles para impulsar la identidad común entre españoles y americanos. Sin embargo, conviene subrayar que la presencia de lo americano aumentó en la cultura ilustrada, particularmente en su segunda mitad del siglo XVIII, poniéndose de moda mientras las naciones medían su ambición en la competencia por la adquisición de los espacios económicos y se lanzaban a la aventura de expediciones para controlar de forma más exhaustiva la naturaleza y territorio americano y, de paso, medir el progreso social y cultural de las sociedades que les rodeaban. Tanto los viajes que la monarquía promocionaba como el desarrollo de la historiografía tuvieron la orientación de proteger los intereses del imperio y los valores de la Ilustración⁴³.

Un nuevo contexto intelectual y político cambia el sentido de las críticas en el Setecientos. Un espíritu más modernizante y racionalista, desde la duda y las ansias de conocimiento y saber, el escepticismo a la realidad del Nuevo Mundo que se había difundido en la época de los primeros cronistas –con el punto de mira colocado en la cuestión del *testigo directo* y su discutida fiabilidad– y los conflictos institucionales ligados a la escritura de la historia condicionan la narrativa sobre el pasado y el presente de América. Además, una extensa controversia sobre las virtudes y los defectos de la naturaleza y el hombre americanos –comparable, como afirma Florescano, a la que durante el siglo XVI promovió Bartolomé de Las Casas–, tiene lugar en este momento. Los debates entre Juan Bautista Muñoz, Francisco Javier Clavijero y Ramón Diosdado Caballero por el modo de escribir la conquista de América se suman a las publicaciones de los textos que dejan en muy mal lugar a la monarquía española: desde los más conocidos, como la obra de Raynal y su *Histoire philosophique des Deux Indes* (Amsterdam, 1770) a los menos atendidos por la historiografía, como la obra de J. Mandrillon, *Le Spectateur Americain* (Amsterdam, 1784). Desde su sensibilidad característica, ambas relatan los sufrimientos a los que habían sido sometidos los indígenas por culpa de los ambiciosos y fanáticos gobernantes españoles. Especialmente Mandrillon –que consideraba que la religión había sido capaz de engañar a los hombres más civilizados– recuerda a los exaltados misioneros que agredieron a Atahualpa y que, amenazando con la cruz en la mano, atacaban a los indios mientras les enseñaban la nueva fe⁴⁴.

Los textos que participan en la polémica deben entenderse en el marco de la influencia de un nuevo patriotismo, del fomento de una idea de patria entendida como

42. Véase las opiniones de Montaigne y Lope de Vega en Jacques LAFAYE, *Los conquistadores. Figuras y escrituras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 13-19.

43. Mauricio NIETO OLARTE, “Historia Natural y la apropiación del Nuevo Mundo en la Ilustración española”, *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines*, 32/3 (2003), pp. 417-428 (<https://doi.org/10.4000/bifea.6049>).

44. *Le Spectateur Americain ou Remarques Generales sur l’Amérique Septentrionale et sur la République des Treize Etats Unis, suivide. Recherches Philosophiques sur la découverte du Nouveau Monde*, M. J. Mandrillon, négociant à Amsterdam & member de l’Académie de Bourg-en Bresse., Amsterdam, Chez les Heritiers, E. Van Harrevelt, 1784, pp. V-XI.



disposición a trabajar por el bien común, una virtud cívica que significa contribuir a la prosperidad económica y cultural del país⁴⁵. Pese a su semántica compleja y polisémica –al tratarse de un concepto todavía mal definido y en proceso de maduración–, la idea de patria y el concepto de patriotismo se convertirán en la base del Estado, en uno de los motores fundamentales que da sentido a la heterogénea élite política e intelectual de finales del siglo XVIII⁴⁶. El concepto de patriotismo, que vincula lo individual con lo colectivo o lo social –el adelantamiento progresivo de la sociedad, en el sentido de unión y trato humano, nociones básicas del período– atraviesan la representación de 1492 con fuerza, impregnándose de las virtudes que los ilustrados consideraban que el hombre debía cultivar.

Las grandes conmociones del periodo, la independencia de las colonias inglesas y la Revolución Francesa –acontecimientos que despiertan esperanzas de cambio entre los descontentos criollos ante la presión fiscal–, el peligro de que los territorios bajo la autoridad de Madrid puedan separarse de la metrópoli, las relaciones y la competencia internacional –evidenciada a partir de la Guerra de la Oreja de Jenkins (1739-1748)–, los empeños de los ilustrados de diferenciar lo bárbaro de lo civilizado –la distancia entre el desarrollo primitivo frente a los pueblos avanzados, capitalistas y comerciales, como hará William Robertson en su *History of America*– y la expresión de los ideales de libertad e igualdad integran un debate intelectual polimorfo en el que Francia e Inglaterra condenarán la fragilidad del colonialismo español⁴⁷.

Los debates sobre América, Europa y España se tiñen de un fuerte componente propagandístico disfrazado de científicidad, como muestran los artículos de la prensa periódica, en el *Diario Noticioso* y el *Correo de Madrid*. Mientras España se ha convertido en una de las piedras angulares del debate europeo, sus gobernantes tratan de fomentar su condición de modernidad, su progreso y su talante civilizado frente a aquellos que asimilan su trayectoria histórica a las ideas de tiranía, despotismo y atraso. Aunque el progreso de España está en duda y la mala imagen del país preocupa, y mucho, a los intelectuales, no conviene aceptar sin más que Francia e Inglaterra despreciaran la cultura española ni tampoco su pasado. Como ha resaltado la historiografía recientemente, la mirada extranjera sobre España fue mucho más ambigua

45. El sustantivo “patriotismo” irá orientándose unívocamente hacia la coincidencia semántica con la nación (véase nación y patria en Pedro ÁLVAREZ DE MIRANDA, *Palabras e ideas, el léxico de la Ilustración temprana en España*. Madrid, Real Academia Española, 1992, pp. 211-269). Véase también Juan Francisco FUENTES, “Conceptos previos: patria y nación en los orígenes de la España contemporánea”, en Antonio MORALES MOYA, Juan Pablo FUSI AIZPURÚA, y Andrés BLAS GUERRERO, (dirs.), *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2013, pp. 169-197; Álvaro MOLINA, “Memoria y representación visual: la idea del Estado y la nación en el largo siglo XVIII español”, en *Discutir el canon. Tradiciones y valores en crisis*, Buenos Aires, CAIA, 2003, pp. 259-271; Pablo FERNÁNDEZ ALBADALEJO, *Los Borbones: dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Madrid, Casa de Velázquez, 2001; Raúl MORENO ALMENDRAL, “La nación de los sujetos: propuestas para una investigación de los fenómenos nacionales a comienzos de la época contemporánea”, *Rubrica Contemporanea*, vol. 6, n° 11, (2017), pp. 5-23 (<https://doi.org/10.5565/rev/rubrica/128>).

46. Antonio CALVO MATURANA, *Cuando manden los que obedecen: la clase política e intelectual de la España preliberal (1780-1808)*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2013.

47. El racionalismo del siglo XVIII se convierte en “instrumento enunciativo con el cual el europeo somete a un severo juicio crítico y moral al estado de decadencia en el que se encontraban las naciones del mundo no occidental” (Sergio RIVERA AYALA, *El discurso colonial en los textos novohispanos: espacio, cuerpo y poder*, Woodbridge, Támesis, 2009).

y compleja⁴⁸. No todo fueron imágenes de una Península Ibérica “marcada por la sombra del fanatismo religioso y la superstición”⁴⁹.

Una parte del debate se centrará en discernir qué es lo que España había representado y cómo se había comportado en su pasado y en su presente, sobre todo en lo que se refiere al régimen colonial. Viajeros, editores, literatos, eruditos y filósofos participaron en esta controversia, generando una idea negativa de la nación que será discutida –y en otros casos, más aceptada– por las élites intelectuales de los tiempos de Carlos III y Carlos IV, con las impugnaciones de José de Cadalso, Juan Pablo Forner, Juan Sempere y Guarinos, Antonio José Cavanilles, Pedro de Estala, Nicolás Fernández de Moratín, Antonio Porlier y una larga lista de políticos, literatos y religiosos como José de Olmeda, Ramón de Salas, Cristóbal Cladera y Santos Díez González. Testimonios como el publicado en el *Espíritu de los Mejores Diarios* –uno de los ejemplos más representativos de la prensa cosmopolita– son muy ilustrativos. Además de defender desde el plano económico un comercio en plano de igualdad entre España y América, en sintonía con las nuevas leyes de liberalización comercial, reconstruye la conquista de América desde un sentimiento de admiración y melancolía por la pérdida de la gloria del imperio, donde el sentimiento nacional se mantiene unido al mito americano de los conquistadores, a su aportación al progreso de la religión y la civilización en el mundo⁵⁰.

Cantos de grandeza

Entre las discrepancias y las contradicciones que generó la conquista, fueron muchos los misioneros, canónigos, abates, párrocos y obispos que contribuyeron a reforzar la mitología sobre América, entendida en términos de portentosa hazaña del pasado de la nación⁵¹. Muchos de sus discursos políticos pueden leerse en clave de estrategia para reivindicar la conciencia nacional, desde la exaltación del espíritu de unión y fraternidad, especialmente rentable en contextos contemporáneos como la



48. Puede apreciarse ello en publicaciones periódicas como el *Journal Étranger* (1754-1762) o *L'Espagne Littéraire* (1774-1776) (José CHECA BELTRÁN, “Lecturas sobre la cultura española en el siglo XVIII francés” en ÍDEM, (ed.). *Lecturas del legado español en la Europa Ilustrada*, Madrid, Frankfurt Am Main, Iberoamericana Vervuert, 2012, pp. 105-138 ; <https://doi.org/10.31819/9783954870899-005>).

49. Una imagen que tendrá largo recorrido después: Xavier ANDREU MIRALLES, “¡Cosas de España! Nación liberal y estereotipo romántico a mediados del siglo XIX”, *Alcores: Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2009), pp. 39-61. Pese a la condena del régimen colonial español que hizo Adam Smith, una imagen de España más positiva, relacionada con la reactivación económica y las reformas de los Borbones puede verse en William Robertson (Gabriel PAQUETTE, “Visiones británicas del mundo atlántico español (1740-1830)” *Cuadernos de Historia Moderna, Anejos*, n° 10 (2011), pp. 145-154, https://doi.org/10.5209/rev_CHMO.2011.38674).

50. Puede verse en *Espíritu de los mejores diarios literatos que se publican en Europa*, lunes, 16-3-1789, n° 172, pp. 987-988.

51. Desde luego, no estuvieron solos. Juristas, literatos, pintores, militares y políticos cercanos a la esfera cortesana, pero también muy lejanos a ella, participaron en la construcción de la memoria de la conquista, con pequeñas aportaciones que apuntan hacia la amplia difusión del debate sobre América y particularmente a la difusión de la lectura épica particularmente presente en la *Galería de los Retratos Ilustres* promovida por Floridablanca y publicada en 1791.

Guerra de la Convención (1793-1795). Por orden de Carlos IV, los oradores religiosos animaron a luchar contra los “impíos franceses” desde los púlpitos⁵².

No se quedó atrás la obra de los jesuitas, que desde el exilio insistieron en rememorar la conquista en términos defensivos, exaltando el papel de la religión y los conquistadores frente a los filósofos revolucionarios y antirreligiosos, especialmente Raynal y Robertson. Durante aquellos decenios, salieron de las imprentas variadas apologías, sin duda no tan condicionadas por el conflicto contra la vecina Francia, sino más bien por las circunstancias que les impuso el exilio italiano tras la expulsión de la Compañía en 1767. Desde luego, conviene subrayar el potencial de los jesuitas como agentes fundamentales en la cadena mitológica con la que los miembros del Gobierno promovieron la lectura encomiástica de la conquista y, específicamente, en la recuperación de la figura de Hernán Cortés, exculpándole de los crímenes de Cholula y de la muerte de Moctezuma. La reivindicación del personaje les valió una serie recompensas y pensiones que les ayudaron a mejorar su situación en el exilio y, a la postre, reivindicar el valor de la cultura española tal y como precisaba la Corona en aquel momento⁵³.

Los religiosos confieren orden y homogeneidad a un discurso en el que destacan principalmente a Hernán Cortés como modelo de héroe para la posteridad y evidencian su compromiso, voluntario u obligatorio, con los valores políticos e historiográficos de la época. Ya desde el pensamiento del monje Jerónimo Zevallos (1732-1802) –desde su posición antilustrada y antilascasista– veremos la insistencia en entender la conquista como acción justa y legítima frente a los pecados cometidos por los indios, y, por supuesto, como guerra santa y continuación de la lucha contra el Islam. Los miembros del clero comprenden perfectamente que la nación debe defenderse de las herejías y los ataques extranjeros. Incluso en la prensa, especialmente dirigida al público religioso, toma cuerpo la idea del éxito de la conquista como empresa humana, pedagógica y civilizada –casi milagrosa– frente al colonialismo practicado por las naciones extranjeras, esclavista, bárbaro e inmoral.

24

52. Gregorio ALONSO, *La nación en capilla. Ciudadanía católica y cuestión religiosa en España (1793-1874)*, Granada, Comares, 2014. Se subrayaba el auxilio de la religión en la derrota de varios millares de bárbaros en el contexto de la guerra de la convención. Así lo hacía el arzobispo y virrey andaluz Antonio CABALLERO y GÓNGORA, que había vivido más de una década en Nueva Granada, mientras reclamaba el esfuerzo de todos los compatriotas para sacudirse del yugo de los franceses (*Carta pastoral del arzobispo y obispo de Córdoba en que de orden superior comunicada a S. E. en 16 de diciembre de 1794 exhorta a sus diocesanos a la paz y unión recíproca*, Córdoba, Juan Rodríguez de la Torre, 1795). Véase el sermón de Pedro PONT, *La esperanza de España afianzada en el patrocinio de la Virgen Santísima de la Merced, sermón que, en la solemne fiesta y rogativa pública, celebrada en la Iglesia de Padres Trinitarios Calzados de la ciudad de Barcelona para implorar los aciertos del rey D. Carlos IV y el triunfo de las armas españolas, en la actual guerra contra los franceses*, [s. l.], [s. e.], [s. f.], p. 28.

53. De todos modos, existen importantes diferencias entre las actitudes intelectuales de los ignacianos expulsos: Niccolò GUASTI, “The exile of the Spanish jesuits in Italy (1767-1815)” en Jonathan WRIGHT y Jeffrey D. BURSON (eds.), *Jesuit suppression in global context. Causes, events and consequences*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, pp. 248-261; Niccolò GUASTI, *L’Esilio italiano dei gesuiti spagnoli: identità, controllo sociale e pratiche culturali, 1767-1798*, Roma, Edizioni di storia e letteratura, 2006, y María Matilde BENZONI, “Las trayectorias de la disputa del Nuevo Mundo” en Antonino DE FRANCESCO, Luigi MASCILLI y Raffaele NOCERA (eds.), *Entre Mediterráneo y atlántico. Circulaciones, conexiones y miradas (1756-1867)*, Chile, Fondo de Cultura Económica, 2014, pp. 109-136.

Los clérigos apuntalan el discurso que exalta la grandeza de la conquista contra el repunte de la *Leyenda Negra*⁵⁴. La traducción que compuso el canónigo de la capilla del convento de la Encarnación de Madrid, José Jordán y Frago, de la obra *Geografía Moderna* de Nicollé De La Croix es un buen ejemplo, una traducción que contó con 403 suscriptores, entre los que se contaban 32 sacerdotes, conventos y monasterios⁵⁵. Al ocuparse de las Antillas, La Croix había afirmado en la edición francesa que los españoles habían exterminado en La Española a tres millones de indígenas. Ante semejante afirmación, considerada injuriosa, Jordán y Frago no dudó en proceder en consecuencia. Sensiblemente indignado, añade una cita para paliar el deshonor que, en su opinión, el autor francés ha producido a los gloriosos conquistadores. Para ello, reproduce un extenso comentario de Campomanes en el *Apéndice del Discurso sobre la Educación Popular de Campomanes* (1775)⁵⁶.

Las pláticas fueron un medio de difusión fundamental, tanto para ensalzar la ideología anticolonial como para defender los méritos patrióticos y europeos. Los *Sermones panegíricos de varias materias, festividades y santos* que pronunció Miguel de Santander se reunieron impresos en dos tomos, llegando a alcanzar nada menos que tres ediciones a comienzos del siglo XIX. Las prédicas habían sido pronunciadas en la ciudad de Toro, donde su autor había residido. La correspondiente al 13 de julio de 1788 había sido leída en el convento de capuchinos de la ciudad. En una de ellas, el orador había querido destacar la importancia de los frailes que acompañaron a Hernán Cortés en la conquista de México, seguido de otros ejemplos, como la participación de los agustinos en las misiones de Filipinas.

El fraile hizo hincapié, especialmente, en su apoyo inestimable para el mantenimiento de las inmensas posesiones de España en América. El predicador consideraba que lo ocurrido en México había sido una conquista asombrosa. Gracias a él y a los misioneros, los indios habían sido redimidos del crimen y la vida salvaje y habían sido “reducidos a la vida sociable: ahora eran vasallos útiles al estado e hijos obedientes de la Iglesia”⁵⁷. Santander ponía el acento, a continuación, en la pacificación de las revueltas peruanas gracias a la intervención de los frailes y no tanto a la capacidad militar de las tropas del rey. Aprovechaba el sermón, además, para hacer una apología de los grandes hombres desaparecidos en combate, aquellos que habían vertido su sangre por la salud de la patria, aunque para él resultaran mucho más admirables quienes habían perdido la vida en nombre de Dios, defendiendo la santa religión⁵⁸.

Dos años después de la impresión de los sermones de Miguel de Santander, el capellán asturiano Antonio Posada Rubín de Celis (1768-1853) –futuro obispo de Cartagena en 1821 por iniciativa del gobierno liberal– pronunció una plática en el

54. Precisamente, mientras la monarquía trata de impulsar la ciencia y el progreso en el país. En realidad, la imagen que existía en Alemania y Francia intentaba ser más veraz y objetiva.

55. Javier ORDOÑEZ y Alberto ELENA (coords.), *La ciencia y su público, perspectivas históricas*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990, p. 228.

56. Nicollé DE LA CROIX, *Geografía moderna, escrita en francés, traducida y aumentada con una geografía nueva de España*, Tomo VIII, Madrid, Joaquín, Ibarra, 1789, pp. 89-97.

57. Miguel de SANTANDER, *Sermones panegíricos de varios misterios, festividades y santos del padre Miguel Santander, religioso capuchino en la ciudad de Toro, custodio de la provincia de Castilla, calificador del Santo Oficio de la Inquisición y examinador sinodal del arzobispado de Toledo*, Madrid, Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia, 1801, p. 396.

58. *Ibidem*, p. 48.



oratorio de San Isidro orientada a rememorar las figuras transcendentales, admirables y dignas de elogio que personificaban a la nación en 1803. La patria estaba siendo despojada de las vidas de otros tantos anónimos miembros del ejército a los que Posada pretendía homenajear con el decoro y, al mismo tiempo, la pasión que la ocasión exigía. Ello le valdría el apoyo del Consejo de Guerra, gracias a cuyo respaldo su discurso se editaría en la Imprenta Real.

La idea es sencilla: los conquistadores habían honrado al conjunto de la nación española y habían sabido “por su valor y prudencia, amansar pueblos feroces, reducir salvajes aguerridos, superar increíbles dificultades en las posiciones más críticas y espinosas, apoderarse de reynos y provincias cuya extensión y riquezas, no digo compiten, sino que exceden mucho a quanto supieron fingir las acaloradas imaginaciones de los poetas”⁵⁹. El abandono de las costumbres bárbaras de aquellos “pueblos degenerados” que “honraban sus divinidades, manchando la tierra de la sangre que destilan víctimas inocentes”, y la sociabilidad que habían adquirido aquellas “fieras” se debían en realidad a las acciones de los militares que, habiendo abandonado sus familias, soportaron todo tipo de inclemencias y tormentos para llevar a cabo la misión que la Providencia les tenía reservada. Reivindicaba apasionadamente el espíritu de sacrificio y el papel político de los militares, lamentando, de paso, el desconocimiento generalizado de nuestra historia nacional⁶⁰.

26

La figura del obispo de Barcelona, el gijonés Pedro Díaz de Valdés (1740-1807), nos ayuda a comprender la importancia de la civilización en el discurso político sobre América, muy vinculado a la idea de cultura y la dulcificación de las costumbres. Este religioso, que se manifestó en plena sintonía con el reformismo ilustrado, había decidido desarrollar un argumento sobradamente conocido: la superioridad de los hombres civilizados para redimir a los “groseros” indios –y a sus mismas tierras– de la miseria económica y de la indigencia moral. La conquista y la colonización americanas habrían permitido el aumento de las riquezas y aminorado la feracidad de las tierras americanas. Además de las ventajas económicas, el acontecimiento habría hecho emerger emociones de satisfacción y habría ayudado a configurar una imagen positiva cargada de orgullo, reputación y gloria, emblema de un patrimonio irrenunciable y propio.

Gracias a la gloria alcanzada por los españoles durante la conquista de América y al comportamiento de los conquistadores y colonizadores en el “Nuevo Mundo”, España podía calificarse a sí misma como “nación culta”, una atribución que ciertamente muchos filósofos europeos habían negado –y negaban– al país. Al mismo tiempo, Díaz de Valdés celebra con contundencia el descubrimiento y la conquista con la que los reyes se habían llenado de gloria, estableciendo en América un dulce y sensato gobierno, lo que “hará resplandecer gloriosa a nuestra España entre todas las

59. Antonio POSADA RUBÍN DE CELIS, *Discurso pronunciado, en la Real Iglesia de San Isidro de esta corte, el día 20 de noviembre de 1803, en el aniversario de los militares españoles*, Madrid, Imprenta Real, 1804, p. XIX-XX.

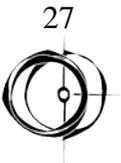
60. *Ibidem*, p. 36.

naciones cultas”⁶¹. En el seno de esta interpretación, la figura de Cortés fue una de las elegidas para infundir en el pueblo la noción de alteridad hacia los vecinos franceses y los valores de la Revolución, junto a la máxima de que España y sus intereses gozaban de la protección divina gracias a la intercesión de la Virgen y los santos. Se propició entonces el culto a los antepasados gloriosos, protagonistas de los grandes ejemplos a imitar, adalides de la civilización occidental y del genuino progreso europeo frente a la barbarie pagana o revolucionaria.

Consideraciones finales

La conquista de América suscitó un debate inmenso, con ramificaciones y formas muy variadas, e incluso contradictorias, que impregnaron la esfera pública desde la prensa periódica hasta la iconografía, desde las apologías de los misioneros que conocían la realidad americana de primera mano hasta aquellos eruditos que nunca habían cruzado el Atlántico. La Ilustración confirió unas características propias al modo de escribir y pensar el acontecimiento, en consonancia con los ideales morales, pedagógicos y patrióticos; reglas y convenciones concretas –diferentes a las del Barroco–, especialmente en la tensa reflexión sobre los códigos de la conducta sensible y civilizada y en la conciencia general de las élites ilustradas en las que los imperios “*had become rapacious machines designed for extracting wealth and with little regard for the welfare or the public good of either the colonist or where these still existed, the indigenous populations*”⁶².

Desde el triunfalismo y el patriotismo al fracaso, desde el lamento y la decepción a la destrucción, pasando por la idea de victimización, las actitudes con las que los eruditos reconstruyeron 1492 fueron muy variadas y complejas, aunque siempre con un potente significado político y simbólico. La comprensión de la recuperación del acontecimiento pasa, por un lado, por el estudio de materiales de procedencia muy diversa, que puedan entrecruzarse, tanto desde fuera como desde dentro del imperio y, por otro, por el análisis de los conceptos fundamentales que sostienen la memoria cultural de la conquista –patriotismo, nación, guerra, utilidad, sensibilidad, fraternidad, individualismo, religiosidad, progreso, masculinidad– en grupos sociales y profesionales de procedencia muy distinta, especialmente entre los miembros del clero, que en absoluto mantuvieron posiciones ideológicamente monocordes. La sociedad de aquel momento mantuvo una relación muy conflictiva con un pasado que construyeron



61. Pedro DÍAZ DE VALDÉS (*El padre de su pueblo o medios para hacer temporalmente felices a los pueblos con el auxilio de los señores curas párrocos, memoria premiada por la Real Sociedad Vascongada e impresa de su orden en Victoria en 1793*, Barcelona, Oficina de Manuel Texero, 1793, p. 17) afirmaba que “fue ciertamente una novedad portentosa el descubrimiento del Nuevo Mundo y hubiera sido un lastimoso error no haberse aprovechado de tal novedad, para civilizar a sus groseros habitantes, y para gozar de sus bellas producciones. Nuestros reyes y nuestros mayores se llenaron de gloria, por lo que descubrieron y por el buen uso que supieron hacer de aquella tierra inmensa que con razón se llama el Nuevo Mundo. La civilización de aquellos innumerables desiertos: el dulce y sensato gobierno que establecieron allí nuestros justos y discretos soberanos: la introducción en ellos de varios vegetables y animales, la exportación de los productos naturales de las dos Américas, son y serán eternos monumentos que harán resplandecer gloriosa a nuestra España entre todas las naciones cultas. Roma no llegó a poblar tantas y tan numerosas y tan brillantes colonias, como sola la España tiene dispersas en el Nuevo Mundo”.

62. Anthony PAGDEN, *The burdens of Empire, 1539 to the present*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, p. 226 (<https://doi.org/10.1017/CBO9780511979200>).

como propio, colmado de estereotipos, tensiones y tópicos, tanto producidos como consumidos por redes muy amplias de individuos. Los ejemplos son muy amplios, desde la circulación de libros a la edición de crónicas, la impresión de folletos y textos que visibilizaron a los *artífices* de los primeros imperios del mundo moderno.

Los gobiernos de Carlos III y Carlos IV trataron de controlar lo que se escribía sobre América de la manera más estrecha y coherente posible, mientras se defendía la cientificidad de los discursos reformistas, se idealizaba la gesta evangelizadora y civilizatoria americana de la monarquía católica y se potenciaba la realidad del *Nuevo Mundo* como *diferencia*. Su éxito no fue en absoluto completo, como no lo fue la conquista, por mucho que Bernardo Ward se empeñara en subrayarlo. La producción de este discurso épico, que identificaba a la patria con el catolicismo y la evangelización, continua en el siglo XIX con el liberalismo y coexiste con la construcción de una conciencia de fracaso, instalada en las mentalidades de los ilustrados, en línea con las renovadas ideas de humanidad, sensibilidad y progreso, protagonistas en los discursos americanistas. Refutar la imagen de nación inculta, atrasada y pendiente de civilizar, fue el objetivo que, desde la perspectiva española, persiguieron muchos de los que se dedicaron a escribir la historia de América, pese a que esta representación negativa de España, tan popular –por otro lado–, no fuera ni tan generalizada ni oscura como ellos mismos la percibían.

28

El discurso oficial lo ejemplifica perfectamente el periodista y religioso afrancesado Pedro de Estala, encargado de traducir la obra del religioso francés Joseph de La Porte, el *Viajero Universal*, un texto instructivo que Godoy llegó a comparar con la obra de Feijoo⁶³. Esta colección de viajes no solo se preocupaba por producir diferencias entre las poblaciones indígenas, tanto hombres como mujeres, en torno a las nociones de urbanidad y civilidad. Después de reconocer la pésima situación de los esclavos negros de las Antillas, recordaba la figura del francés Daniel Montbars, feroz pirata del siglo XVII –conocido como *el exterminador*– para defender la actuación de España frente al resto de las naciones europeas. Además, Estala conocía bien la importancia de la polémica americana y sus resonancias políticas. Había traducido la *Histoire naturelle* de Georges Louis Leclerc, conde de Buffon. El cuarto volumen – publicado en 1802– añadía una pequeña cita en la que se subrayaba que “poner en duda las proezas de los españoles conquistadores en América” significaba “negar toda la fe histórica”⁶⁴.

Como Estala, los canónigos, misioneros, párrocos y obispos miraron al pasado de la conquista para devolverlo al presente en forma de mito fundacional, haciendo uso de sus propias perspectivas, con los conceptos de su presente. Jugando con ambos tiempos históricos, participaron en un proceso mucho más global, al lado de otras instituciones, individuos y grupos sociales, como los literatos, los militares y las academias. Desde una perspectiva utilitaria, marcaron las diferencias de España con las prácticas coloniales de otras naciones, generaron una clara identificación entre la nación

63. María Elena ARENAS CRUZ, *Pedro Estala, Vida y obra. Una aportación a la teoría literaria del siglo XVIII español*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2003, p. 441. Pedro ESTALA, *El viajero universal o noticia del mundo antiguo y nuevo, obra recopilada de los mejores viajeros por D.P.E. P.*; Tomo XXVI, Madrid, Imprenta de Villalpando, 1799.

64. Pedro ESTALA, *Compendio de la Historia natural de Buffon, clasificado según el sistema de Linneo*, Tomo IV. Madrid, Villalpando, 1802, p. 124.

y el catolicismo, y evidenciaron, al mismo tiempo, su potencial para producir fisuras e incluso romper con discurso oficial.⁶⁵

El estudio de los textos que escribieron, más allá de aquellos que albergaban un contenido estrictamente americanista, enriquece una lectura de la conquista cuyo análisis debe ampliarse a otros espacios en los que también se está negociando su significado. La resonancia del acontecimiento viene acompañada de una sombra patriótica, reformista y católica, fundamental para sostener el imaginario político de un absolutismo a punto de venirse abajo y, al mismo tiempo, rastrear los mimbres iberoamericanos de las naciones que emergen ya en las primeras décadas del s. XIX. Y ello mientras la percepción del conquistador estaba dejando de ser tan complaciente en Europa como lo había sido antaño. Como enfatizaba el antilascasista Juan de Escoiquiz, y pese a lo que opinaran los eruditos europeos, no había gesta más gloriosa en el mundo que la conquista en la que había participado Cortés, convertido prácticamente en objeto de consumo y culto ya que “todo conmueve al que lo escucha y mira”⁶⁶. Este conocimiento sobre aquella empresa era, por supuesto, perfectamente compatible con la idea de que aquellos que habían acompañado al “héroe” de México eran una “porción de aventureros, sin educación, llenos de audacia y codicia, en una palabra, los peores de cada casa”⁶⁷. Nuevos conceptos revistieron la conquista con significados antes apenas percibidos, en definitiva, una metáfora de las preocupaciones de la Ilustración. Un momento en el que los ilustrados impulsaron, ratificaron y, a veces, cuestionaron, las *excelencias* y los *méritos* de un grupo social que pretendía alejarse de la *barbarie* del pasado y, al mismo tiempo, enorgullecerse de cierta idea de *herencia* y continuidad histórica.



65. El problema viene a la hora de atribuir la responsabilidad de la violencia a los conquistadores, bien sea por influencia del carácter español o por el fanatismo religioso, María José VILLAVERDE RICO, “La historia de las dos indias y el resurgir de la leyenda negra en el siglo XVIII”, en María José VILLAVERDE RICO, y Francisco CASTILLA URBANO (eds.), *La sombra de la Leyenda Negra*, Madrid, Tecnos, 2016, pp. 203-239.

66. Juan ESCOQUIZ, *México conquistada*, poema heroico, Tomo I, Madrid, Imprenta Real, 1798, p. 153. El proceso de heroización de Cortés no es un asunto exclusivo del imperio español. Tampoco las propuestas épicas y reivindicativas de los descubridores y conquistadores, como sucede en el caso portugués y la rememoración de la *edad dorada* de los descubrimientos liderada por Vasco de Gama, fundamental en el imaginario colonial vecino (L. M. BERNARDO, *The New Golden Age: The cultural memory of the discoveries in the Portuguese Enlightenment Imaginary* en M. IRIMIA, A. PARIS y D. MANEA, *Literature and cultural memory*, Leiden, Kokinklijke Brill, 2017, pp. 157-172).

67. Juan ESCOQUIZ, *México conquistada*, poema heroico, dedicado al rey nuestro señor, tomo I, Madrid, Imprenta Real, 1798, p. XIX.